

Benito Juárez
***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 7, capítulo LXXVI

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 7, capítulo LXXVI

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM – Azcapotzalco)**

Capítulo LXXVI
Cae Puebla con honor
Mayo de 1863

LXXVI

CAE PUEBLA CON HONOR

Mayo de 1863

Todos los historiadores que se han ocupado de esta época, aceptan que la derrota de San Lorenzo cerró la posibilidad de introducir víveres y parque a las fuerzas sitiadas en la ciudad de Puebla. Además, al conocerse esta noticia, decayó el ánimo en el ejército de Oriente, pues era indudable que toda posibilidad de ayuda exterior se había perdido.

El general González Ortega relata con detalle los acontecimientos de esos días, en el parte que rindió varios meses después al ministro de Guerra, que recomendamos al lector interesado los consulte y que podemos resumir señalando que las tropas francesas a partir del 31 de abril, habían intensificado sus ataques y que éstos fueron todavía más enérgicos desde el 11 de mayo.

El general Gayosso, en su carácter de jefe de las fuerzas que defendían el fuerte de Guadalupe, informó que las piezas de artillería sólo tenían dotación para sostener dos horas de fuego.

También los alimentos escaseaban, por lo que el general González Ortega resuelve convocar a una junta de guerra a la que concurrieron los generales González Mendoza, Paz, Berriozábal, Negrete, Antillón, Alatorre, de la Llave y Mejía.

Preferimos transcribir textualmente el relato del general González Ortega:

Reunidos estos señores les hice presente, de una manera sucinta, la situación en que se hallaba la plaza; los medios de que se había valido el cuartel general para la introducción de víveres desde el

principio del asedio; las fuerzas que con este objeto había hecho salir de la ciudad, de las que no había vuelto ni la más pequeña fracción, porque quedaron agregadas, por disposición superior, al cuerpo de ejército del Centro; la resolución que había tomado para salir de la plaza, así como el contenido de las cartas que con el mismo objeto dirigí al general Comonfort, de las que no había recibido hasta entonces contestación alguna y, finalmente, les manifesté cuáles eran las instrucciones que últimamente había recibido del gobierno, en las que se me prevenía que cuando le faltaran municiones a la plaza de boca y guerra o alguno de estos dos elementos, rompiera el cerco para salvar todo el material de guerra posible y muy especialmente al personal del cuerpo de ejército de mi mando; pero que se ponía como una condición previa en las mismas instrucciones, la de que cuando fuera indispensable practicar esta operación, concurrieran ambos cuerpos de ejército y que, cumpliendo por mi parte con el contenido de ellas, había hecho salir de la plaza en esos días algunos correos, de los que hasta esa hora no había dado la vuelta uno solo y que, en consecuencia, ignoraba aún el punto donde pudiera hallarse el cuerpo de ejército del Centro; concluía con pedir la opinión de cada uno de dichos generales.

Hubo una larga discusión respecto de la conveniencia de que la plaza no capitulara, de lo remoto que era que el general Forey concediera a los defensores de ella salir de sus muros con todos los honores de guerra y con los elementos que poseían y habían sabido conservar.

Como una explicación a las dudas que suscitaban aquellos argumentos y otros que se adujeron, relativos al mismo objeto, contesté del modo siguiente: que nada importaba que el general Forey concediera o no concediera la salida de la plaza al cuerpo de ejército de Oriente, porque el honor de éste y el de la República, objeto único porque se había peleado y por el que yo había hecho que permanecieran nuestras tropas hasta ese día sobre las murallas de Zaragoza, se salvaría de todas maneras.

Porque si el general francés se negaba a conceder la salida a los defensores de la plaza, con los honores correspondientes, estaba yo resuelto a mandar romper toda la artillería para lo que tenía ya dadas las órdenes respectivas, a destruir todo el armamento, a disolver al cuerpo de ejército de Oriente, a entregar prisioneros y sin garantías al cuadro de generales, jefes y oficiales y a decirle al general francés que los defensores de Zaragoza habían llenado sus deberes defendiendo la plaza hasta donde humanamente había sido posible y que, cuando ya no podían hacerlo, con la conciencia tranquila por la bondad de la causa que defendían, con la frente erguida y sin esquivar la muerte, se entregaban a discreción.

Les dije también que este proyecto lo realizaría, si contaba, como creía contar, con generales y soldados patriotas y subordinados.

El general Llave, con esa elocuente vehemencia que produce el sentimiento patrio en un alma sublime y de fuego, dijo, al escuchar mis palabras: «Yo soy el primero que sigo a usted por ese honroso camino».

La opinión que me dieron todos los generales de que se había compuesto la junta de guerra, fue que en el estado en que se hallaba la plaza, era conveniente que yo entrara en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador, con el objeto de conseguir, siempre que fuera de un modo honroso, la salida del cuerpo de ejército de Oriente, de la ciudad de Zaragoza.

En extracto se hizo constar en una acta, cuya redacción encargué al señor general (González) Mendoza, todo lo que se creyó más conveniente de las razones y argumentos que se expusieron en la junta.

Al presentarse la minuta a fin de saber si se aprobaba o no, los generales Berriozábal y Llave pidieron que a una de las proposiciones con que concluía la acta y en la que se decía que era conveniente que el general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente entrara en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador, etc., se le agregaran estos conceptos; que opinaban de

esta manera, porque no se había dispuesto la salida del cuerpo de ejército de Oriente en tiempo oportuno.

Mandé que la proposición quedara reformada en esos términos, porque constando en ella la opinión de los referidos generales, debía escribirse en la forma y con las palabras que estimaran por conveniente.

Los generales (González) Mendoza, Paz y Mejía, al recogerseles la firma y antes de ella, escribieron esta nota o razón: «Estamos conformes con el contenido de esta acta, excepto con las frases que se han agregado a la proposición que se reformó, porque jamás hemos creído que ha habido un día en que haya sido oportuno que salga de la plaza, abandonándola, el cuerpo de ejército de Oriente».

El general Berriozábal opinó porque diera en el acto poderes al general (González) Mendoza para que fuera a arreglarse con el general Forey, propuesta que no admití, diciéndole que no comprometería en lo más mínimo el honor de México, solicitando o pretendiendo algo del general francés y que otros eran los medios de que iba a valerme para saber la opinión de aquel general.

He notado, señor ministro, que se ha extraviado la opinión en México y en Europa, sin más fundamento que la salida que hizo de la plaza el 16, hacia el campo francés, el general (González) Mendoza, diciéndose que yo he mandado pedir al general Forey que me concediera salir de la plaza con todo el cuerpo de ejército de Oriente, con los honores respectivos.

Esto no es exacto, porque aunque lo pretendiera no lo pedí.

El mismo Gral. Forey, en una conferencia que tuvo ese día, según recuerdo, con mi ayudante Togno, le dijo: «He celebrado una junta de generales relativa a la situación de la plaza, a la que no he querido que concurra Márquez y en la que se han hecho valer algunas palabras de las que ha vertido usted intencionalmente y quizá con instrucciones del general (González) Ortega, en las conferencias que hemos tenido. Dígale, pues, a dicho general, que

me proponga con franqueza todo lo que estime por justo y conveniente y que sea decoroso a ambos ejércitos».

Jamás le propuse cosa alguna, no obstante aquella nueva oferta.

No ha habido, pues, respecto de esto, sino lo siguiente: levantada la acta y vista la opinión de los generales, yo mismo escribí una comunicación dirigida al general Forey y que puse en manos del general (González) Mendoza, concebida en estos términos:

Pasa el señor general (González) Mendoza, cuartel maestro de este cuerpo de ejército, con los poderes respectivos, a tener una conferencia con V. E. para arreglar un armisticio.

Esta es la sustancia del documento a que aludo y aun creo que muy poco discrepa, respecto de su redacción, el que inserto del autógrafo que se halla en poder del general Forey.

Al entregar al general (González) Mendoza la nota citada, que llevaba la fecha del día siguiente, le di estas instrucciones.

La salida de usted de esta plaza hacia el cuartel general del ejército francés, no la verificará sino hasta mañana 16 del corriente y después de que hayan pasado los ataques que probablemente sufrirá la plaza en las primeras horas del día. Cuando se halle usted con el general Forey le entrega este pliego y le manifiesta que va a arreglar los términos en que deba celebrarse un armisticio, caso que convenga en ello. En el curso de la conferencia pregúntele usted, procurando indicarle que no va autorizado para hacerle tal interrogación, que caso de que se llegara a un arreglo, sí convendría en que los defensores de la plaza salieran de ella con todo su armamento y con todos los honores de guerra, recibiendo en cambio el ejército francés la ciudad que no había podido tomar. Le dije por último que mucho esperaba de él, respecto del tino y acierto con que me prometía iba a tratar este negocio, aunque no creía obtener por este medio un buen resultado y que si me ocupaba de esas negociaciones era porque ésta era la opinión bien respetable de nuestros generales y por que si nada se conseguía con ella, nada se perdía tampoco,

porque estaba absolutamente resuelto a que el sitio concluyera de una manera noble y digna.

La noche del día 15, las tropas que defendían los fuertes del Carmen e Ingenieros, tuvieron que hacer repetidas salidas para impedir el avance de los trabajos del enemigo y para disputarle algunas sinuosidades del terreno que se halla frente de la Magdalena.

.....

La noche volvió a pasarse sin que regresaran los correos ni se observaran las señas.

El 16, a las primeras luces de la mañana, el enemigo rompió de nuevo el fuego de sus baterías sobre los fuertes de Ingenieros y el Carmen y sobre la ciudad. El primero, que había reparado en la noche los destrozos que se le hicieron en los días anteriores, volvió a contestar con la misma energía con que lo había estado haciendo.

.....

Cuando cesaron los fuegos, sin que el enemigo lograra dar un paso debido a sus ataques, salió el general (González) Mendoza, con dos de mis ayudantes, a desempeñar su comisión.

Tengo que hacer una advertencia. La noche del 15 me dijo el citado general (González) Mendoza, después de recibidas las instrucciones de que he hecho mención: «Deseo saber si puedo hacer uso, como diplomático, del nombre de usted, con el objeto de aprovecharme ingeniosamente de todo aquello que pueda ser útil a la República y a nuestro ejército».

Mi contestación fue decirle que lo autorizaba para que hiciera uso de mi nombre en todo aquello que no desdijera en lo más mínimo la lealtad con que servía a mi patria y al gobierno legítimo de México.

Sería indigno de mí, como caballero, dijo al oír mis palabras, valirme del nombre de usted para presentarlo como desleal y mal mexicano».

El día 16 volvió a pasarse sin que se observaran las señas ni volvieran los correos.

A las últimas horas de la tarde regresó a la plaza, después de haber desempeñado su comisión, el general (González) Mendoza y me dio verbalmente el informe que sigue:

«Hablé con el general Forey y con el jefe de su Estado Mayor. Como es natural, está al corriente de la situación en que se halla la plaza por falta de municiones de boca y guerra y por esto me ha dicho que no puede celebrar el armisticio que usted por mi conducto le propuso; que cualquier arreglo o conferencia que usted quiera tener con él debe ser sin perjuicio de los ataques que está dando a la plaza y que se propone no interrumpir.

«Me dijo también, después de algunas explicaciones: ¿Qué pretendería el general (González) Ortega para entregar la plaza?

«El general Ortega, le respondí, pretendería salir de ella con los elementos de guerra que posee y con todos los honores militares; esto es, con tambor batiente, banderas desplegadas, mecha encendida y en actitud la artillería de entrar en combate y dirigirse luego, con el cuerpo de ejército que manda, a la capital de la República, terminando con su llegada a aquella ciudad, toda clase de compromiso y quedando, en consecuencia, en libertad para continuar la guerra que sostiene México contra la Francia».

Su respuesta a los precedentes conceptos fue la siguiente: «¡Oh! Todo concederé al general (González) Ortega, menos que queden en actitud, las tropas que manda, de continuar la guerra contra la Francia; porque esto no importará otra cosa que cambiar de posiciones los ejércitos beligerantes, pues estoy muy seguro que antes de diez días tendría de nuevo en batalla, contra las huestes francesas, al ejército que tanta guerra me ha dado defendiendo los muros de esta ciudad. Dígale, por lo mismo, al general (González) Ortega, que si pretende algo, me lo proponga para

entendernos y que lo que puedo concederle, además de los honores militares, muy justos y merecidos, de que usted me habla, será que permanezca neutral el ejército que manda, íntermina la cuestión que hay pendiente entre la Francia y el personal de don Benito Juárez; pero que, aun para esto, necesito oír la opinión de mis generales a cuya deliberación sujetaré las proposiciones que me haga el citado general (González) Ortega». «Cuando concluyó de hablar el general Forey, me dijo el jefe de su Estado Mayor: el general (González) Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulación, de que se concederán a los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo también de que los prisioneros que se hagan en la plaza cuando ésta caiga en nuestro poder, caso de que sus defensores rompan su armamento como usted lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna y serán, en consecuencia, deportados a la Martinica».

Oído lo expuesto por el general Forey, dijo, con bastante vehemencia y energía y en tono de desaprobación a los conceptos emitidos por el jefe de su Estado Mayor: «yo deporto a la Martinica a los ladrones, a los bandidos, pero no a oficiales valientes como los de que se compone la guarnición que defiende a Puebla».

Esto es, en verdad, señor Ministro, lo que ha pasado respecto de la salida de la plaza del general (González) Mendoza y conferencia que tuvo con el general en jefe del ejército francés.

Oído el informe que me diera el cuartel maestro del cuerpo de ejército de mi mando, cité una junta de guerra para la noche de ese mismo día, 16 de mayo, a la que concurrieron los generales que se hallaron en la precedente y, además, los generales don Porfirio Díaz, don Pedro Hinojosa y no recuerdo cuales otros.

El cuartel maestro (general González de Mendoza) no asistió por encontrarse quebrantada su salud.

Cuando se hallaban reunidos estos señores, pregunté en presencia de ellos, al comandante general de artillería el estado que

guardaban nuestras municiones de guerra y me contestó que en los ataques que se sostuvieron ese día, se consumieron aun los cartuchos que contenían una triple carga y que, por disposición mía, habían estado preparados para romper nuestras piezas; pero que si se recogían las municiones de esta arma que había en todos los fuertes, reconcentrándolas a los de Ingenieros y el Carmen, éstos podrían todavía sostener un fuego de dos o tres horas y que, pasado este tiempo, nuestras municiones de guerra habrían concluido absolutamente.

Oída la respuesta del general Paz, le previne que saliera en el acto de la junta, a fin de que personalmente dispusiera todo lo que fuera indispensable para preparar de nuevo los cartuchos con que debía romperse la artillería.

En seguida manifesté a los referidos generales el contenido del informe que me diera el general (González) Mendoza respecto de la comisión que llevó cerca del general Forey; diciéndoles, además, que en atención al estado de nuestras municiones de boca y guerra, la plaza ya no podría sostenerse al día siguiente y que, como era natural, el enemigo debía estar en acecho de la hora en que aquéllas concluyeran absolutamente, para apoderarse, sin pérdidas y dificultades, de la ciudad, cuyos muros no había podido tomar cuando sus defensores quedaban con unos cuantos elementos de guerra.

Que yo era responsable de aquella situación, situación que había deseado la hora en que llegara y cuya responsabilidad aceptaba con satisfacción ante el gobierno, ante la República y ante el mundo; porque con la prolongación de la defensa de Puebla de Zaragoza, se había salvado el honor de las armas de México y el correspondiente al cuerpo de ejército que tenía el orgullo de mandar, aunque para ello tuvieran que perderse unos cuantos elementos físicos que, repetía por la centésima vez, que poco o nada valían al lado de otros intereses más caros para México.

Que dejando, pues, al gobierno y a la República el juicio y calificación de mi conducta, debíamos ocuparnos sólo de las emergencias del momento.

Que dos caminos quedaban únicamente para que concluyera de un modo honroso el sitio de Zaragoza.

Romper el cerco saliendo de la plaza el cuerpo de ejército de Oriente con toda la majestad de un ejército que no huye o disolver nuestros batallones, romper nuestro armamento e inutilizar los miserables restos de nuestros almacenes y polvorines y que, cuando esto estuviera concluido, entregarse prisionero el cuadro de generales, jefes y oficiales para que asesinara a las personas de que se componía o para que dispusiera de ellas a su arbitrio el sitiador.

Que yo estaba por esta última medida, porque la creía más decorosa al honor de México y más cuando para adoptar la primera había dificultades militares insuperables de realizar, siempre que la salida no llevara el carácter de una fuga; porque faltaban caminos para emprender la salida; porque nuestra artillería movable carecía de la potencia necesaria para abrir brechas en los parapetos levantados por el enemigo; porque ya no había las municiones suficientes para romper el sitio y sostener una o dos batallas campales que procuraría darnos el enemigo cuando nos viera al otro lado de su línea y en dirección a México, Tlaxcala, Izúcar o Acatzingo y porque no contábamos fuera de la plaza, con auxiliar alguno que se ocupara, aunque fuera simplemente, en llamar la atención del enemigo pues que ignoraba hasta esa hora el paradero del cuerpo de ejército del Centro.

Dije, por último: que aceptaría el medio de la salida de la plaza, siempre que la mayoría de los generales opinara por él y que así lo haríamos constar en una acta, pues quería dejar, a los que opinaban de esta manera, la gloria de haber iniciado este pensamiento y la gloria también de sus resultados, pues, por mi

parte, no quería aceptar sino la responsabilidad de la ejecución del mismo pensamiento.

Hubo una larga discusión sobre ambos proyectos, opinando algunos de nuestros generales por la salida.

Se rectificaron algunas explicaciones de las que se habían dado con anticipación y se amplificaron otras y quedó uniformada la opinión, votando todos por la rendición de la plaza, en los términos que dejo reseñados.

Según recuerdo, el general don Pedro Hinojosa no cambió del parecer que había manifestado desde el principio, respecto de la salida del cuerpo de ejército de Oriente.

Otros de los generales, que opinaban de la misma manera, entre los que recuerdo a los señores Berriozábal y Díaz, manifestaron que modificaban su voto y se adherían al plan que acababa de adoptarse, porque así pensaba la mayoría de sus compañeros.

En el curso de la discusión y al dar su parecer el general Negrete, un arranque de exaltación y de patriotismo lo hizo expresarse en estos términos:

«Yo opino porque nuestro general en jefe admita la proposición que le hace el general Forey, de que salga nuestro cuerpo de ejército de la plaza y que permanezca neutral ínter termina la cuestión habida entre Francia y México y que, una vez colocado nuestro cuerpo de ejército fuera de Zaragoza, falte a los compromisos que se contraigan, haciendo la guerra al ejército francés, así como éste faltó de una manera escandalosa a los convenios celebrados en la Soledad; porque, quien ha faltado a su palabra de caballero rompiendo pactos solemnes, ya no tiene derecho para que se le guarden las consideraciones que a un enemigo pundonoroso y leal a sus compromisos».

Aun no acababa el general Negrete de verter esas frases que, como he dicho, se las arrancaba un arrebató de exaltación y un sentimiento de patriotismo, cuando ya el general Berriozábal y sus compañeros habían manifestado su desaprobación.

Por lo que a mi toca, manifesté que no aprobaba la proposición del general Negrete, porque la falta cometida por el ejército francés al romper la convención de la Soledad, rompiendo con ella su dignidad y la fe de su palabra y sobre cuyos hechos se ocuparía la historia y la opinión pública, no me autorizaban para cometer una falta de esa misma naturaleza, falta que reprobaría el gobierno de la República y muy especialmente el pueblo mexicano.¹

La Junta concluyó entre la una y dos de la mañana.

Inmediatamente el general González Ortega expidió la orden general de la plaza para el día 17 de mayo, que se reproduce en el capítulo, así como la comunicación al general Forey anunciando que ya no era posible continuar luchando, por lo que ponía a su disposición la plaza de Puebla y los sitiadores se entregaban como prisioneros, sin solicitar ninguna condición. Transcribe esa comunicación al ministro de Guerra y espera que los franceses ocupen Puebla.

De acuerdo con las instrucciones que se habían dado en la orden de la plaza, las tropas mexicanas con el mayor orden rompieron sus armas e inutilizaron las piezas de artillería y volaron los polvorines de San Agustín, con los restos de las municiones que se tenían almacenadas.

A las seis de la mañana, González Ortega envía al cuartel general del ejército francés la nota en que se ponía la plaza a su disposición.

No resistimos el deseo de reproducir otros párrafos del texto del general González Ortega, que relata la ocupación de Puebla por el ejército invasor:

A las seis, la plaza se hallaba enteramente inerme.

Un poco más tarde comenzaron a entrar desarmados por las calles de la ciudad, algunos oficiales y artilleros franceses, los que parece no traían otro objeto que satisfacer un deseo de curiosidad,

¹ *Parte General que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la plaza de Puebla el ciudadano Jesús González Ortega.* Comisión Nacional para las conmemoraciones cívicas de 1963, México, 1963, p. 146 y ss.

viendo los destrozos que habían hecho los proyectiles de su artillería sobre nuestros edificios.

Como a las siete de la misma mañana, entraron varios grupos de traidores por la plazuela de San José y por algunas calles de la ciudad, cometiendo excesos y desórdenes. Uno de esos grupos penetró hasta la plaza de armas. Cuando se hallaba en este punto, el pueblo gritó a los individuos de que se componía, llamándolos traidores y bandidos.

El grupo arremetió con las lanzas sobre el pueblo y éste se diseminó, dirigiéndose frente al atrio de Catedral y Palacio de Gobierno.

Mandé decir a aquellos males mexicanos que estaba entendiéndome, respecto de los asuntos de la plaza con el general Forey y que, como suponía que habían penetrado a ella sin la autorización de aquel general, esperaba que se retiraran luego.

Así lo hicieron en el acto.

Después volvió mi ayudante, viniendo en su compañía algunos jefes de alta graduación del ejército francés, pertenecientes, según parecía, al Estado Mayor del general Forey.

Uno de ellos, cuando se hallaban en el Palacio y en la pieza de mi habitación, me dijo que iba comisionado por aquel general para manifestarme que entraría a la ciudad el número de fuerzas francesas que yo designara, que ocuparían los puntos que estimara conveniente y que se afianzaría la seguridad de la población en los términos que yo acordara, para lo que me suplicó le dijera cuáles eran las autoridades políticas y de la localidad para entenderse con ellas y me dijo, por último, que yo podía permanecer con todos los generales, jefes y oficiales del cuerpo de ejército de mi mando, en el Palacio o en los edificios y casas particulares donde me fuera más cómodo y lo juzgara más acertado y que los referidos generales, jefes y oficiales, quedarían con sus equipajes, armas y distintivos militares, por la conducta noble y digna que habían observado.

Mi respuesta fue decirle que daba las gracias al general Forey por la muestra de atención que me dispensaba al consultar mi parecer respecto de los medios que debían adoptarse para afianzar la seguridad de los intereses y de las vidas de los habitantes pacíficos de la población; pero, que estando yo con el carácter de prisionero, nada podía decir ni acordar relativo a la ciudad y, por lo mismo, que se dispusiera lo que se estimara por más conveniente; que por el estado de guerra en que ésta se hallaba, no había más autoridad local que la que yo ejercía, la que cesaba con la rendición de la plaza y que, por lo que respectaba a las concesiones otorgadas al cuadro de generales, jefes y oficiales del cuerpo de ejército de Oriente, yo ni las había solicitado, ni pedido garantía alguna para los que se rendían.

Al oír mis últimas palabras, dijo que para contestarlas no necesitaba recurrir al cuartel general, pues que se hallaba autorizado para ello; que las garantías que acababan de otorgarse por su conducto a la oficialidad de la plaza, no era porque yo las hubiera pretendido o solicitado, sino porque eran las que una nación culta, como la Francia, otorgaba siempre a un ejército honrado y valiente como el que yo mandaba.

Volví de nuevo a darle las gracias por aquel acto de justicia y se retiró.

Después se me presentó otro jefe francés diciéndome que en el atrio de Catedral estaba colocada una escolta de cazadores de África y una guardia de zuavos en la puerta de Palacio y que una y otra fuerza no tenía más objeto que prestar garantías a mi persona y a la oficialidad; que ya se había hecho salir a todos los traidores que penetraron a la plaza y que, por lo mismo, cuando tuvieran que salir algunos jefes y oficiales de los que se hallaban en Palacio, me sirviera mandarlo avisar al oficial de guardia con uno de mis ayudantes.

Le di las gracias y se retiró también.

Como entre diez y once del día, pasaban unos oficiales pertenecientes a las fuerzas de don Leonardo Márquez. Algunos grupos del pueblo les dieron el epíteto de traidores.

Unos cazadores de África desdoblaron algunas baquetas de fusil de las que se hallaban tiradas en las calles y con ellas azotaron públicamente a dichos oficiales.

Un grito general de aprobación resonó por todas partes.

Era el pueblo que se hallaba diseminado en el atrio de Catedral y calles inmediatas y nuestra oficialidad que se encontraba colocada en los balcones de Palacio y que, unánimes, aplaudían aquel acto.

Castigo degradante, pero muy merecido, de quien se liga con huestes extranjeras para hacer la guerra al suelo en que nace.

En el resto del día se me presentaron algunos otros jefes franceses: unos para pedirme tales o cuales explicaciones respecto de la artillería, depósitos y minas que hubiera dentro de la plaza y otros para saludarme en nombre del ejército francés, rindiendo con esto un tributo, según se expresaron, al valor de la guarnición que había defendido la ciudad y la que no había sido vencida por el ejército sitiador.

Entre estos últimos se encontraba el jefe que acababa de ser nombrado gobernador de la plaza, quien me dirigió una atenta y comedida comunicación, suplicándome, por medio de ella, admitiera su presentación y una visita personal.

Otras comunicaciones de esta misma naturaleza, recibí en los días subsecuentes; recuerdo que una de ellas era firmada por un jefe, que, en el cargo de gobernador de la plaza, había sustituido al que fue nombrado al principio.²

Al día siguiente recibe el general González Ortega un texto redactado por los franceses, según el cual los oficiales mexicanos hechos prisioneros se comprometen a no luchar contra la intervención ni como soldados ni en actividades políticas ni por escrito.

² *Parte general*, p. 161 y ss.

Todos se negaron a suscribir ese documento y, en cambio, firmaron la página que hemos llamado de honor y que se reproduce en el capítulo, la que fue redactada personalmente por el general González Ortega, negándose a adquirir cualquier compromiso.

El general González Mendoza se negó a firmarla redactando el otro documento, en que si bien rechaza suscribir el propuesto por los franceses porque las leyes de México se lo prohíben, recalca que está informado de los deberes que tiene como prisionero.

El Gobierno General se entera, desde luego, de los acontecimientos y dicta un decreto ordenando que abandonen la ciudad de México los franceses que en ella residen; también establece el estado de sitio en el Distrito Federal y se avisa a los gobernadores por circular firmada por el secretario de Guerra, de la pérdida del sitio de Puebla y de la decisión de continuar luchando, por lo que les pide que con la mayor violencia concentren en la ciudad de México tropas para su defensa.

El general Forey rinde su informe al mariscal ministro de Guerra francés, que reproducimos porque es interesante conocer el punto de vista opuesto, no obstante de que trata de minimizar la escasez de alimentos y la destrucción que de las armas y porque se hace.

El presidente Juárez considera indispensable, con razón, lanzar un manifiesto a la nación el 20 de mayo, en el que insiste que la pérdida de Puebla no representa la suspensión de la resistencia y que ésta debe continuar en la capital de la República, la que “se defenderá hasta la última extremidad, con todos los elementos de que podamos disponer. . .”

Juárez estima conveniente, pese a que pudiera no llegar a manos de González Ortega, enviarle una comunicación manifestándole que aprueba su conducta y la de sus tropas.

A los pocos días se forman caravanas con los oficiales de alta graduación y los generales, para ser enviados a Francia. La precaria situación en que se encuentran hace que González Ortega se preocupe de conseguir algunos fondos prestados que distribuye entre los prisioneros. Gira contra el gobierno y, en nota manuscrita de Juárez a ese documento, aparece la observación que el dinero fue pagado.

Forey comienza, desde luego, a tomar decisiones de carácter administrativo y así, en la ciudad de Puebla, expide el 22 de mayo un decreto para revisar las ventas hechas por el gobierno de los bienes que hayan pertenecido al ayuntamiento de la ciudad de Puebla.

DOCUMENTOS

Mayo
1863

PUEBLA NO PUEDE CONTINUAR LUCHANDO

Orden general del cuerpo de ejército Oriente, del 17 de mayo de 1863, a la una de la mañana.

No pudiendo seguir defendiéndose la guarnición de esta plaza por la falta absoluta de víveres y por haber concluido las existencias de municiones que tenía, a extremo de no poder sostener hoy los ataques que probablemente le dará el enemigo a las primeras luces del día, según las posiciones y puntos que ocupa y conocimiento que tiene de la situación en que se halla esta plaza; oído, además, por el señor general en jefe el parecer de muchos de los señores generales que forman parte de este ejército, cuya opinión va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo señor general en jefe que para salvar el honor y decoro del cuerpo de ejército de Oriente y de las armas de la República, de las cuatro a las cinco de la mañana de hoy se rompa todo el armamento que ha servido a las divisiones durante la heroica defensa que han hecho de esta plaza y cuyo sacrificio exige la patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningún aspecto, utilizarlo el ejército invasor. A la misma hora el señor comandante general de artillería dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada la plaza.

A la hora ya citada, esto es, de las cuatro a las cinco de la mañana, los señores generales que mandan divisiones, a cuyo celo y patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan brigadas, disolverán todo el ejército manifestando a los soldados que con tanto valor, abnegación y sufrimientos defendieron la ciudad, que esta medida que se toma porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad, no los excluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron y que, por lo mismo, el citado señor general en jefe se promete que cuanto antes se presentarán al Supremo Gobierno para que,

en torno suyo, sigan defendiendo el honor de la bandera mexicana, a cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo.

Los señores generales, jefes, oficiales y tropa de que se compone este ejército, deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza y que si ella va a ser ocupada, es debido, no al poder de las armas francesas, sino a la falta de víveres y municiones, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora toda ella, con sus respectivos fuertes, se halla en poder del ejército de Oriente, a excepción del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

A las cinco y media de la mañana se tocará parlamento y se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes y en cada una de las manzanas y calles que dan frente a las manzanas y calles que ocupa el enemigo.

A la misma hora estarán presentes los señores generales, jefes y oficiales de este ejército en el atrio de Catedral y Palacio de Gobierno, para rendirse prisioneros, en el concepto que, respecto de este punto, el general en jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros y, por lo mismo, los señores generales, jefes y oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean más conveniente a su propio honor de militares y a los deberes que se han contraído para con la nación. Los caudales que existen en la comisaría se repartirán proporcionalmente entre la clase de tropa.

De orden del señor general en jefe,

El cuartel maestro, general.

(José María González) Mendoza

GONZÁLEZ ORTEGA RINDE PUEBLA AL INVASOR

Puebla, 17 de mayo (de 1863), a las cuatro de la mañana

General Ellie Frédéric Forey

Señor general:

No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza, por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba a mis órdenes y roto su armamento, incluso toda la artillería. Queda, pues, la plaza a las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta cuando ya no hay motivo para ello.

El cuadro de los generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el Palacio del Gobierno y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera no dude V. E., que lo haría.

Acepte V. E., etc.

(Jesús) González Ortega

GONZÁLEZ ORTEGA COMUNICA LO ANTERIOR
AL GOBIERNO NACIONAL

Ciudadano ministro de la Guerra
México

Con esta fecha y ahora que son las cuatro de la mañana digo al general en jefe del ejército francés, lo siguiente: (Se transcribe el documento anterior).

Lo que transcribo a usted para conocimiento del Magistrado Supremo de la República a quien espero se sirva usted manifestar que el ejército, cuyo mando tuvo a bien encomendarme, se defendió cual correspondía al honor y decoro de la República y que habría continuado haciéndolo si no se hubiera interpuesto, para verificarlo, una absoluta imposibilidad física, pues hace días que había consumido todos sus víveres y las pocas municiones que le quedaban en los rudos ataques que sufrió últimamente y en los que afortunadamente no perdió un solo reducto.

Creo, señor ministro, haber llenado los deseos del Gobierno Supremo y cumplido con los deberes que me imponían el honor y el encargo que se me confiriera; mas si así no fuere, con gusto me sujetaré a un juicio tan luego como quede en libertad, pues dentro de algunas horas estaré ya con el carácter de prisionero.

Libertad y Reforma. Cuartel general. Zaragoza, mayo 17 de 1863.

Jesús González Ortega

PÁGINA DE HONOR

Zaragoza, 18 de mayo de 1863

General Ellie Frédéric Forey

Los generales prisioneros que suscriben, pertenecientes al ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del cuartel general del ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se lo prohíben sus convicciones y opiniones particulares.³

Jesús González Ortega
Florentino Antillón
Alejandro García
José M. Mora
Joaquín Colombres
Eutimio Pinzón
Porfirio Díaz
Mariano Escobedo
Manuel G. Cosío
Francisco Paz

Domingo Gayosso
Luciano Prieto
Manuel Sánchez
Miguel Auza
Francisco de Lamadrid
Felipe B. Berriozábal
Ignacio de la Llave
Ignacio Mejía
José Maria Patoni
Antonio Osorio

³ El documento a que hacían referencia, decía:

“Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos, bajo nuestra palabra de honor, a no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, a no mezclarnos en nada por escrito o por actos, en los hechos de guerra o de política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra y a no corresponder con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa”.

Francisco Alatorre
Epitacio Huerta
Pedro Hinojosa

J. B. Caamaño
Pedro Rioseco
Jesús Loera

El que suscribe, oficial mexicano, no puede firmar el documento que se le ha presentado del Estado Mayor general del ejército francés, porque se lo prohíben las leyes de su patria, sin por eso ignorar los deberes de un prisionero de guerra.

Puebla, mayo 18 de 1863.

José María González Mendoza

FOREY INFORMA AL MINISTRO DE GUERRA DE FRANCIA
LA CAÍDA DE PUEBLA

Puebla, mayo 18 de 1863

(Señor ministro de Guerra)

(París)

Señor mariscal:

Puebla está en nuestro poder.

Habiéndose dispersado con el combate de San Lorenzo el cuerpo de ejército de Comonfort, que pretendía romper el cerco que teníamos puesto y abastecer a Puebla, la guarnición, que llevaba tiempo de sufrir hambre estaba reducida a lo último, no obstante que tomó para su uso cuanto había en la población.

Por otra parte, abierta la trinchera frente al fuerte de Totimehuacán y establecidas nuestras baterías con 30 piezas de diferentes calibres que rompieron los fuegos sobre aquel fuerte el día 16, destruyendo completamente su material de guerra, en dos horas la situación de la plaza, contra la que se dirigían dos vigorosos ataques, era de las más críticas.

Así las cosas, el general (González) Ortega me hizo proposiciones para que le otorgara yo una capitulación. Mas como sus pretensiones eran nada menos que salir de la plaza con los honores de la guerra, con armas, bagajes y artillería de campaña y encaminarse a México, rechacé tan singulares propuestas declarándole que entendía yo que saliera con los honores de la guerra, pero que su ejército desfilara ante el ejército francés

y depusiera las armas quedando en calidad de prisioneros de guerra y ofrecí tratarlo con todos los miramientos que se usan entre los pueblos civilizados para con una guarnición (que) había cumplido animosamente con su deber.

Estas proposiciones le fueron admitidas por el general (González) Ortega, que en la noche del 16 al 17 pronunció la disolución de su ejército, mandó destrozar el armamento, clavar los cañones, volar los repuestos de pólvora y diputó a un parlamentario que me diera parte de que la guarnición había concluido la defensa quedaba a discreción mía.

Amanecía, apenas, cuando 12,000 hombres, desarmados en su mayor parte, sin uniformes ni equipos, porque todo había sido hecho pedazos y tirado en las calles de la ciudad, se constituían prisioneros en nuestros campos y los oficiales, en número de 1,000 a 1,200, entre ellos 26 generales y más de 200 jefes, me pasaban aviso de que, reunidos en el Palacio de Gobierno, esperaban mis órdenes.

Todo el material de la plaza queda en nuestro poder y, según parece, no fue deteriorado sino en parte y de un modo incompleto.

Me apresuro a remitir este parte a V. E. con orden a Veracruz para que inmediatamente salga un buque de marcha veloz a La Habana, desde donde podrá pasar a Europa por New York y llegar antes que el paquete inglés que zarpará de Veracruz el 1º de junio y os llevará un informe pormenorizado de nuestra situación.

El ejército está en el colmo del júbilo y dentro de pocos días marchará sobre México.

Soy, respetuosamente, etc.

El general de división, senador,
comandante en jefe del cuerpo
expedicionario en México
(Ellie Frédéric) Forey

PARTE OFICIAL DE FOREY
SOBRE LA OCUPACIÓN DE PUEBLA

Puebla, mayo 20 de 1863

(Señor ministro de la Guerra)
(París)

Señor mariscal:

Tengo la honra de dar cuenta a V. E. de las operaciones del cuerpo expedicionario, desde el 3 de este mes.

El ejército de Comonfort se nos acercó. Las señales que cambiaba con Puebla, los partes de nuestros reconocimientos, no dejaban duda de que el enemigo intentaba introducir a la plaza un convoy de víveres. Vigilé cuidadosamente los movimientos de nuestros contrarios, aguardando una ocasión favorable para batir y dispersar su ejército auxiliar.

El 4 de mayo se señaló por la llegada de Juárez al campo de Comonfort. El general Douay, previendo un recio ataque a sus tropas, dejó la penitenciaría y vino a tomar el mando directo de su división. Después del medio día, el general Márquez practicó un reconocimiento sobre San Lorenzo, donde halló al enemigo y lo batió en un pequeño combate.

El 5, las tropas enemigas se presentaron en los muchos puntos de la línea de circunvalación al norte de Puebla y a la vez que la plaza emprendía una salida por el punto de San José, la cual fue vigorosamente impedida por el general Douay.

El 6 por la mañana el ejército de Comonfort, con fuerza de ocho a nueve mil hombres, bajó de las alturas de San Lorenzo e hizo replegar las avanzadas del general Márquez.

Éste volvió a tomar la ofensiva. El enemigo, viendo llegar al general Douay con estos refuerzos, se retiró y la cosa no pasó de un fuego recio de cañón. A las cuatro y media de la tarde el ejército auxiliar había desaparecido tras las alturas de San Lorenzo. La plaza, por su parte, había intentado una salida por Santa María y el general L'Herillier la frustró decididamente. El día 7 acabó el enemigo de concentrarse en las alturas de San Lorenzo y comenzó a fortificarse fuertemente allí. El momento me pareció favorable para atacarle; encomendé tal operación al general Bazaine, poniendo a sus órdenes cuatro batallones, cuatro escuadrones y ocho piezas. Hizo una marcha de noche y, al amanecer del día 8, batió y derrotó completamente las tropas enemigas. El 9, para aprovechar la victoria de la víspera, envié una parte de las tropas al mando del general Neigre y acompañadas del intendente militar M. Wolf, a situarse en Santo Domingo, para recoger provisiones en aquella riquísima comarca. Este punto ha quedado ocupado hasta el 14; numerosos convoyes nos han venido de allí diariamente con grandes cantidades de víveres.

Debí reunir las tropas encargadas de esta operación administrativa, porque los trabajos un poco aflojados, volvían a tener mucha actividad y reclamaban la presencia de todas nuestras fuerzas.

Después del asalto infructuoso de Santa Inés, el 25 de abril, debía investigar cuidadosamente las causas de no tener resultado nuestras operaciones y los medios de remediarlo. La mayoría fue de parecer que prescindiéramos de insistir en atacar a viva fuerza los islotes, en cuyas operaciones frecuentemente chocábamos con obstáculos enteramente imprevistos y que nos causaban graves pérdidas sin resultado provechoso.

Se pensó en una operación contra San Agustín en términos de penetrar rápidamente hasta el reducto de la plaza. La idea de operar por mina se presentaba naturalmente; pero en las operaciones practicadas se

halló la roca a 50 centímetros bajo del suelo. Era necesario, pues, buscar otra combinación.

Después de la toma de la penitenciaría, yo quería atacar el fuerte del Carmen, de modo que se pudiese marchar sobre el reducto de la ciudad por dos direcciones, dividiendo así la atención y fuerzas del enemigo.

Nuestras provisiones se habían aumentado y la operación me parecía practicable. Se objetó que antes debía ser atacado el fuerte de Totimehuacán, que domina y flanquea al Carmen; que no pedía mucho esfuerzo ese fuerte sin reducto y que, en fin, posesionados de él, se hallaría el Carmen rodeado por nuestras baterías y consiguientemente en una situación muy difícil.

El 10 y el 11 fueron dedicados a los preparativos necesarios.

El 12, al declinar el día, estaba zanjada la primera paralela. Las baterías de la izquierda hicieron un fuego fuerte para llamar la atención del enemigo.

El 13, a las siete de la mañana, el enemigo hizo una salida del fuerte de Totimehuacán, cargando muy vigorosamente sobre nuestra paralela; recibido por un fuego de los más nutridos, debió volver en desorden a la obra, dejando en el terreno gran número de muertos. Se completó la paralela, así como las comunicaciones que la unían al molino de Guadalupe y a la garita de San Baltasar.

La artillería comenzó sus baterías.

El 14, se concedió un armisticio al enemigo para que levantase sus muertos frente a Totimehuacán. Se continuaron los trabajos de aproximación y de baterías.

El 15 a media noche se quitó el rancho de la Magdalena. El enemigo hizo en vano una salida para recobrarlo. Han continuado las

comunicaciones. La artillería terminó y armó las baterías 13, 14, 15, 16, 17, 18 y 19 de la serie de la derecha.

El 16 a las seis de la mañana todas estas baterías rompieron el fuego por el frente de ataque de Totimehuacán. Las baterías auxiliares de la derecha echaron sus proyectiles sobre el Carmen. Al mismo tiempo las baterías de los ataques de la izquierda 12, 15, 16, 21, 22 y 23 así como los cañones y morteros mexicanos que cayeron en nuestro poder batieron la ciudad. El enemigo contestó con mucha energía; pero, abrumado por un fuego convergente y bien dirigido, acabó por responder muy débilmente a las ocho de la mañana.

Desde el 14 se me había iniciado confidencialmente una capitulación por un ayudante de campo del general (González) Ortega. Yo había pedido proposiciones categóricas escritas. El 16, después del medio día, vino de parlamentario el general (González) Mendoza. Era portador de los poderes necesarios para tratar de un armisticio y poner verbalmente las bases de una capitulación. Yo rehusé absolutamente suspender las operaciones y declaré que si aquélla tenía lugar, sería estando combatiendo. Entrando en explicación sobre la capitulación que pedía el general (González) Mendoza, me propuso que dejase salir la guarnición de la plaza con armas y bagajes, una parte de su artillería de campaña, los honores de la guerra y permiso de retirarse a México. Yo rehusé tales pretensiones y respondí que las únicas condiciones admisibles serían, que la guarnición saliese con los honores de la guerra, desfilar ante el ejército francés, deponer sus armas y darse por prisioneros de guerra. Después de una larga conversación sobre la situación de México, despedí al parlamentario, encargándole dijese al general (González) Ortega me remitiese proposiciones escritas.

Durante la noche, quebró el enemigo sus armas, desmuñonó sus cañones, destruyó una parte de sus municiones, licenció sus soldados y, al rayar el día, el general (González) Ortega me escribió que la plaza estaba a mi disposición.

El 17 por la mañana envié al coronel Máneque, segundo jefe de Estado Mayor General, con el 1° batallón de cazadores de a pie, para tomar las primeras medidas conducentes a la ocupación de la ciudad. Durante el día fueron ocupados por nuestras tropas los fuertes de Totimehuacán, Santa Anita, Loreto y Guadalupe. Se comenzaron a destruir las trincheras en términos de facilitar el paso de la plaza de la garita de México a la de Amozoc. Los médicos fueron a examinar los establecimientos bajo el punto de vista de la salubridad. Los cuerpos de artillería e ingenieros y la intendencia procedieron a inventariar el material y provisiones dejadas por el enemigo.

Durante el día 18 continuaron los trabajos y recuentos comenzados la víspera. Se concluyeron las providencias más urgentes de ocupación y policía.

El 19 hice mi entrada solemne a Puebla, acompañado de los generales, de los Estados Mayores, de los jefes de servicio y de una columna compuesta de fracciones de diversas armas. Desmonté ante la puerta de la Catedral, fui recibido por el cabildo metropolitano y conducido al coro, donde se cantaron el *Te-Deum* y el *Domine salvum*. Después de la ceremonia, desfilaron las tropas delante de mí en la plaza, a los gritos de ¡Viva el emperador!

El enemigo ha dicho, para explicar la rendición de la ciudad, que no tenía ya ni víveres ni municiones. Esto no es exacto. La ciudad ofrece todavía recursos importantes y una gran cantidad de municiones. No son éstos, pues, los verdaderos motivos que han hecho cesar la resistencia. Es menester buscarlos en otra parte. La derrota y dispersión del ejército de Comonfort el 8 de mayo, quitando a la guarnición toda esperanza de ser socorrida y abastecida de nuevo, la había completamente desmoralizado. El ataque de Totimehuacán no le intimidó menos. Nuestros adversarios habían tomado la primera paralela por una simple cortadura de cerco y la salida del 13 tenía por objeto cerciorarse de si las salidas están completamente obstruidas en aquella parte. A pesar del mal resultado de

esta tentativa, parece que los generales mexicanos habían conservado ilusiones en cuanto a la posibilidad de escaparse por aquel lado y no habían sospechado la importancia de los trabajos que habíamos ejecutado allí.

El fuego terrible de nuestras baterías en la mañana del 16, derribando todo el frente de Totimehuacán les sacó de su error y les hizo entrever el lado débil de la defensa. Viéndonos atacar por el oeste, habían acumulado allá todos sus medios de resistencia y descuidado la parte oriental. Cuando nuestros esfuerzos se dirigieron hacia ese lado no disimularon ellos que el asalto de Totimehuacán sería prontamente seguido de la toma de la ciudad.

Mas yo no había dejado ignorar al parlamentario que si la guarnición esperaba el asalto general según las leyes de la guerra, ella sería pasada a cuchillo. Tales son las verdaderas razones que han determinado la rendición de Puebla. Los mexicanos han cesado en la resistencia, no porque carecieran de víveres o municiones, sino porque el tomar a viva fuerza la ciudad era inminente y ellos reconocieron que estaban impotentes para impedirlo. Son considerables los resultados de la toma de Puebla. Han caído en nuestro poder 26 generales, 225 oficiales superiores, 800 oficiales subalternos, 11,000 prisioneros, 150 cañones en buen estado, armas y municiones en mucho número. Las banderas fueron sin duda destruidas o escondidas; se ha encontrado ya la del batallón de Zacatecas.

Los prisioneros han sido desde luego un embarazo muy considerable por cuanto a su alimentación. Dos o tres mil han sido incorporados ya al ejército aliado. Los oficiales eran aún más molestos. He dispuesto que sean remitidos a Francia e inmediatamente los he mandado conducir hacia Veracruz.

El general Márquez ha marchado rumbo a San Martín por el camino de México, donde forma nuestra vanguardia. Ha dejado aquí uno de sus generales que incorpore todavía cierto número de prisioneros a medida que se les puede armar. Dejo en Puebla 3,000 hombres para destruir las barricadas y trincheras. Voy a enviar otros a nuestros puntos

de retaguardia y otra parte, si es posible, será conducida a los trabajos del camino de hierro.

Éste se prosigue con actividad. El 30 de abril se transportaron a la Purga los campos de trabajadores. Los trenes llegarán hasta este punto al fin de mes. El puente de la Soledad se acabará probablemente para el mismo tiempo. Los terraplenes entre la Purga y la Soledad avanzan rápidamente, porque ya no se presentan dificultades serias.

El estado sanitario de las tropas se conserva en buen estado. El de Veracruz era también muy satisfactorio hasta el 30 de abril.

Soy con respeto, etc.

El general comandante
en jefe
(Ellie Frédéric) Forey

SE AVISA A LOS GOBERNADORES DE LOS ESTADOS
QUE HA SUCUMBIDO EN PUEBLA EL EJÉRCITO DE ORIENTE ⁴

Ciudadano gobernador y comandante militar del estado de...

Aunque el Supremo Gobierno aún no tiene todos los datos suficientes para formar juicio exacto con relación a lo acaecido en la inmortal Zaragoza la mañana del día 17 del corriente, no puede poner en duda que carece ya de uno de los más robustos apoyos con que contaba para defender los derechos inalienables de la nación.

El ejército de Oriente sólo existe para recordar a los mexicanos sus deberes, a Napoleón III la iniquidad de sus proyectos y al mundo que también encuentra héroes la causa de la libertad en la tierra de los aztecas. Pero su fuerza física, su armamento todo y demás elementos de guerra, acabaron ya por consecuencia de sucesos que, aunque previstos, no fue posible evitar.

Así me manda el ciudadano presidente lo ponga en conocimiento de usted, para que se apresure a comunicarlo a los pueblos de su digno mando, a fin de que no tomen en otro diverso sentido especies que se hagan circular, con motivo de aquel, bien lamentable en verdad, pero siempre heroico y glorioso suceso.

Por los informes que hasta ahora tiene el Supremo Gobierno, sabe que los buenos defensores de Zaragoza jamás llegaron a ser vencidos por sus enemigos y, antes que comprometer su palabra en capitulaciones poco convenientes o que en algo rebajaran el nombre que con su sangre habían conquistado, prefirieron romper sus armas, inutilizar su artillería y entregarse así a sus contrarios indefensos y desarmados.

Cree el gobierno que no pudieron hacer más y, de esta manera, ha desaparecido aquel cuerpo de ejército, sellando con ese hecho una

⁴ Circular de la secretaría de Guerra.

solemne protesta de la resolución y firme voluntad del pueblo mexicano, de continuar sin tregua la injusta guerra que sin motivo alguno se le ha traído para arrebatarle la autonomía que le pertenece como pueblo libre e independiente.

El gobierno que lo representa, tiene la obligación de hacer un llamamiento general a todos los ciudadanos, para seguir combatiendo con la fuerza al ejército invasor y así me ordena el ciudadano presidente que lo verifique, dirigiéndome a las autoridades superiores de los estados, para repetirles los pedidos que se les han hecho en la última circular de 10 del presente mes y, añadiéndoles, que el último suceso y el descalabro sufrido el día 8 en San Lorenzo por el cuerpo de ejército del Centro, exigen que con la mayor violencia pongan en marcha para esta capital todas las fuerzas de que puedan disponer.

Desembarazado el invasor del obstáculo que le presentaba el benemérito ejército de Oriente para poderse dirigir sobre esta misma capital, debemos esperar que cuanto antes lo verifique y, cumple por lo mismo a nuestro deber, prepararnos para la defensa.

Están ya al efecto casi concluidas las convenientes fortificaciones y con asiduo trabajo elaborados los materiales de guerra necesarios. El gobierno contaba, además, con otros elementos de los mismos ejércitos de Oriente y del Centro, que por aquellas circunstancias tiene ya perdidos. Se hace, pues, precisa una cooperación violenta y eficaz por parte de los estados, para aprovechar aquellas fortificaciones y los materiales reunidos y, sobre todo, para disputar al enemigo las ventajas, los ricos elementos, el apoyo y lo demás que proporcionaría esta capital que, por lo mismo, el gobierno está del todo resuelto a defender.

Para ello son necesarios esfuerzos supremos y, como éstos sólo pueden emprenderse con amplias autorizaciones, el gobierno, en uso de las de que se halla investido, se las otorga a usted para arbitrar y proporcionarse todos los medios conducentes al inmediato envío de fuerzas que vengan a aumentar el número de los defensores de esta plaza.

De su patriotismo, actividad y energía, espera el ciudadano presidente un trabajo sin descanso por su parte para dar cumplimiento a las anteriores prevenciones y me manda decirle que toda omisión será de

su más estrecha y exclusiva responsabilidad, gravísima ciertamente y comprendida en la ley de 25 de enero de 1862, por redundar en perjuicio directo de los más grandes derechos de la nación.

Quiere por último, el ciudadano presidente, que por extraordinario dé usted aviso a esta secretaría, de las fuerzas que inmediatamente mande poner en marcha y de las que prepare para venir en seguida a tomar parte en la defensa nacional.

México, mayo 19 de 1863.

(Miguel) Blanco

JUÁREZ INFORMA A LA NACIÓN LA CAÍDA DE PUEBLA

Benito Juárez, presidente de la República, a sus conciudadanos.

Mexicanos:

La nación acaba de sufrir un fuerte desastre. Puebla de Zaragoza, inmortalizada por hazañas altísimas y numerosas, acaba de sucumbir, no por el arrojo de los franceses que nuestros soldados estaban habituados a repeler, sino por causas que el gobierno debe considerar incontrastables para la heroicidad misma.

Ninguno de nuestros generales y jefes que tanto se habían distinguido en la defensa de aquella ciudad, ha enviado al gobierno informes sobre este suceso deplorable; pero una multitud de relaciones particulares lo acreditan, si bien callan o varían sobre puntos de grandísimo interés.

Pero la ocupación de Zaragoza, que no pudo ser tomada en ninguno de los repetidos asaltos del enemigo, ni por los medios más formidables de la guerra, en nada rebaja ni mancilla la gloria de nuestros guerreros denodados, que han sabido levantar el nombre de México a pesar de sus orgullosos invasores. Menguada y sin lustre ha sido la fortuna de éstos que llevaron siempre la peor parte en las embravecidas luchas de que fue teatro la ciudad de Zaragoza.

¡Mexicanos! Esta calamidad no puede absolutamente desanimaros en la sagrada empresa que habéis acometido. Probad a los franceses, probad a todas las naciones atentas a vuestros hechos, en esta ruda situación, que la adversidad no es una causa suficiente para que desmayen los republicanos esforzados que defienden su patria y su derecho.

Nuestro país es vasto y encierra innumerables elementos de guerra que aprovecharemos contra el ejército invasor. No solamente la capital de

la República se defenderá hasta la última extremidad, con todos los elementos de que podemos disponer, sino que se hará con igual vigor la defensa de todos nuestros lugares. El gobierno nacional promoverá ahincadamente por todas partes la resistencia y el ataque a los franceses y no oirá de ellos ninguna proposición de paz que ofenda la independencia, la soberanía plena, la libertad y el honor de la República y sus gloriosos antecedentes en esta guerra.

¡Mexicanos! Juremos por los héroes muertos defendiendo los Sagrados muros de Zaragoza; juremos por los que aún existen, vencedores allí mientras pudieron pelear, que combatiremos sin descanso y sin reserva de sacrificios, contra el odioso ejército que está profanando la patria de Hidalgo y de Morelos, de Zaragoza y de González Ortega.

México, mayo 20 de 1863.

Benito Juárez

JUÁREZ DA PLENA APROBACIÓN
A LA CONDUCTA DE GONZÁLEZ ORTEGA Y SUS TROPAS

Ciudadano Jesús González Ortega

Puebla de Zaragoza

Se ha impuesto el ciudadano presidente Constitucional del oficio de usted dirigido al general en jefe del ejército francés, para comunicarle que no siéndole ya posible seguir defendiendo la plaza de Puebla de Zaragoza, por la falta de municiones y víveres, había disuelto el ejército que estaba bajo su inmediato mando y roto su armamento con la artillería toda, por cuyo motivo podía mandar ocupar la mencionada plaza, que desde luego quedaba a sus órdenes.

También se ha impuesto de la resolución tomada por usted de entregarse prisionero con el cuadro de generales, jefes y oficiales; por lo que, así como por las demás disposiciones dictadas, manifiesta que, sin embargo, de tener la creencia de haber cumplido con sus deberes con gusto se sujetará a un juicio, tan luego como quede en libertad, si así lo determinare el Supremo Gobierno.

El presidente ha estado observando con profundo interés todos y cada uno de los sucesos que han tenido lugar durante la gloriosa defensa de esa plaza y ve con orgullo que el último que ha puesto fin a la tenaz y vigorosa lucha emprendida, corresponde a los anteriores, si no en sus victoriosos resultados, sí porque él deja bien puesto el decoro de la nación, sin empañar en nada el lustre de sus armas no vencidas, ni comprometer con oferta alguna la palabra sagrada de sus guerreros.

Está, pues, satisfecho el ciudadano presidente de la conducta de usted y de la de los generales, jefes y oficiales y tropa que compusieron

el inmortal ejército de Oriente y así me ordena que se lo manifieste, como tengo el honor de hacerlo en este oficio; añadiéndole que el modo con que ha desaparecido ese benemérito ejército, confirma que ha sido acreedor a los votos y a las felicitaciones que el Soberano Congreso y el Supremo Gobierno, le ha dirigido, a nombre de la nación que representa.

Libertad y Reforma. México, mayo 22 de 1863.

(Miguel) Blanco

GONZÁLEZ ORTEGA GIRA CONTRA JUÁREZ
PARA AUXILIAR A LOS GENERALES QUE VAN AL DESTIERRO

Zaragoza, mayo 22 de 1863

Señor don Benito Juárez
México

Señor y amigo de mi distinguida consideración:

Son las cinco de la mañana, hora que me han avisado que dentro de una hora marchamos para Veracruz y, como aún carezco de los recursos necesarios para allanar el viaje a algunos generales que carecen de muchas cosas necesarísimas, he tenido que valerme del señor don Joaquín Román, teniente coronel y médico cirujano del ejército, para que entre varios de sus amigos me agenciara alguna cantidad; he logrado con mil esfuerzos reunirme 520 pesos, que me son casi insignificantes porque hay a la puerta multitud de familias de los oficiales y tropa, que necesitadamente esperan de mí algún auxilio y a quien voy a tener que darles aun algunas cosas de mi uso particular para que coman uno o más días, porque es imposible verlas sufrir sin conmovirse.

Como la cantidad expresada la ha conseguido el señor Román, con la condición de que sea entregada en esa capital en una casa de comercio, yo la he aceptado con tal inteligencia comprometiendo mi palabra a que se cumpliría tal compromiso, por lo que espero que usted se dignará expedir la orden correspondiente para que le sea pagada, ya sea por cuenta de la nación o con cargo al gobierno de Zacatecas o como un préstamo particular que usted me hace, pues lo que deseo es que le sea satisfecha dicha cantidad por estar empeñado mi crédito particular y ser digno de toda consideración un hecho que le agradeceré por siempre.

Se ha buscado el papel sellado correspondiente y como todo está cerrado, en vez de libramiento le he extendido un recibo simple al señor Román para que lo presente a usted para el objeto indicado.

Oportunamente remitiré a usted los justificantes respectivos de tal cantidad y otros documentos que han quedado olvidados en mi papelería.

El señor Román ha sido una persona que me es muy querida y, a más de reputarla como de mi familia, por ser primo hermano del coronel don José María Sánchez y Román esposo que fue de mi hermana Josefina, me ha prestado innumerables servicios de mucha importancia para mí y para la causa, desde que se inició el Plan de Ayutla y por esta causa lo recomiendo a la consideración de usted, suplicándole lo auxilie si necesitara alguna cosa y si sus servicios no fueren útiles a usted se le dé su pasaporte para Zacatecas donde, por las simpatías de familia y conocimiento que tiene de aquellos pueblos, puede ayudar mucho al señor Cosío.

De palabra dará a usted el señor Román, cuantos informes usted le pida, por esto no me extiendo más y concluyo suplicándole disimule usted las molestias a su afectísimo amigo y s. s. q. b. s. m.

Jesús González Ortega

[Nota de Juárez]

Se pagó el dinero.

EL CONSEJERO DE FOREY
LE PROPONE EL SECUESTRO DE LOS BIENES
DE LOS PATRIOTAS QUE LUCHAN

Puebla, mayo 21 de 1863

Señor general de división, senador
comandante en jefe del cuerpo expedicionario

Mi general:

Cuando llegasteis a México con el ejército que a vuestro mando os confió el emperador, para vengar las injurias de que ha sido objeto la Francia y sus nacionales por parte del gobierno de México, habéis hecho conocer por vuestras proclamas y por actos importantes que es inútil recordar el objeto de la intervención y las miras benévolas de S. M. I. sobre este país. No habéis cesado de repetir que el pensamiento de la Francia no era el de conquista, que no llevaba en los pliegues de su bandera otras intenciones que las de devolver el país a sí mismo, librándolo del despotismo que tantos años pesaba sobre sus destinos, arruinaba sus rentas e impedía todos los progresos materiales, que sus recursos considerables, su suelo tan rico y tan favorecido, debían permitirle realizar. A fin de llegar más pronto al objeto señalado de la intervención, habéis declarado el concurso de los hombres honrados de todos los partidos, habéis convocado a todas las opiniones de orden.

El número de los que han venido a colocarse bajo la bandera real de la Francia es relativamente grande si se considera que los cambios que las revoluciones de que es teatro este desgraciado país, después de más de 40 años, han apagado todo sentido moral, pervirtiendo todas las nociones de lo justo y de lo injusto.

En presencia de vuestras declaraciones tan terminantes y precisas, atendiendo a esta política tan franca y tan desinteresada que acompaña a todas las expediciones lejanas del imperio ¿era permitido equivocarse sobre las intenciones de la Francia? ¿Estaba México autorizado a considerar falsas las palabras tranquilizadoras que le enviabais en nombre de una potencia de la cual todas sus aspiraciones son por la libertad, cuyos esfuerzos y todos los sacrificios no tienen otro objeto que el de llevar la antorcha de la civilización a los pueblos oprimidos? ¡Evidentemente, no! Y, si hombres interesados en mantener el orden de cosas que venís a combatir, porque es para ellos una fuente de beneficios y no se interpusiesen entre pueblos dóciles que explotan y vuestras leales palabras que disfrazan, es probable que este poder que no viene sino del desorden, se habría ya invertido.

Ha llegado el momento de tomar contra estos agitadores medidas más rigurosas, medidas que, hiriéndoles en sus intereses materiales, espero les harán comprender que ha pasado el tiempo de la longanimidad. Lo que las sabias exhortaciones que les habéis dirigido, así como las leales intenciones del emperador que vos habéis expresado, no han podido convencerlos, tal vez lo obtendréis atacando a las propiedades de estos hombres de mala fe, que se obstinan en permanecer en las filas enemigas para combatir los verdaderos intereses de la patria.

La medida, cuya adopción me parece necesaria, con respecto a los hombres que hasta aquí se han conservado en contra de la intervención y que han tenido en ilegales circunstancias resultados ventajosos, es el secuestro, hiriendo todas las propiedades inmuebles que pertenecen a los mexicanos que llevan las armas en contra de la intervención. Esta medida se extenderá igualmente a los bienes muebles, en tanto que las rentas de éstos puedan tomarse. Sabéis, mi general, cuál es el efecto del secuestro: es hacer pasar a las manos del estado, representado aquí por el prefecto, la administración de todos los bienes pertenecientes a los ciudadanos que se encuentran en la posición definida.

Las condiciones del secuestro pueden variar según las circunstancias.

En el proyecto de decreto que tengo el honor de someteros y que os suplico firméis si aprobáis las disposiciones, he reservado al comandante en jefe del ejército el derecho de aminorar los rigores con respecto a aquellos ciudadanos que sean dignos de este favor, ya sea abandonando en un plazo determinado el partido que venís a combatir o justificando el caso en que hayan sido atraídos por fuerza mayor a este partido.

Sírvase usted admitir, mi general, la expresión de mis sentimientos respectivos.

El receptor general de la Hacienda de comisión.

Budín

ENÉRGICAS SANCIONES ECONÓMICAS CONTRA LOS PATRIOTAS ADVERSOS A LA INTERVENCIÓN

El general de división, senador, comandante, en jefe del cuerpo expedicionario de México.

De conformidad con el dictamen del receptor general de Hacienda en comisión, decreta:

Artículo 1º.- Se hará el secuestro sobre todas las propiedades inmuebles que pertenezcan a los ciudadanos de la República, que hacen armas contra la intervención francesa; que sirven, ya en el ejército regular, o en las bandas de guerrilleros y otras, en estado de hostilidad contra la Francia.

Artículo 2º.- Los bienes muebles pertenecientes a los individuos comprendidos en dichas categorías estarán igualmente afectos a esta medida, en tanto que estos bienes puedan ser ocupados.

Artículo 3º.- El prefecto político de cada provincia o estado sometido a la intervención, formará bajo su presidencia una comisión de cuatro miembros, que se encargará de designar a las personas que deban estar comprendidas en las categorías determinadas anteriormente y de formar el estado general de las propiedades rurales y urbanas y bienes muebles que les pertenezcan.

Artículo 4º.- Este estado, conforme al modelo anexo al presente decreto, será firmado por todos los miembros de la comisión y certificado por el prefecto presidente.

Artículo 5º.- Una copia de este estado se publicará en todas las localidades sometidas a la intervención, con una determinación del prefecto, previniendo a los arrendatarios y deudores de bienes y créditos secuestrados que no puedan hacer el pago legalmente sino en la administración de la aduana terrestre del distrito en que estén situados los bienes.

Artículo 6°.- Una copia del estado precitado certificado por el prefecto, será inmediatamente, después de su publicación, transmitida al administrador de la aduana, para que le sirva de guía de lo que debe percibir.

Artículo 7°.- Las convenciones que contengan escrituras de arrendamiento y otras que posteriormente sean hechas por el prefecto para poner en valor los inmuebles no ocupados actualmente, serán del mismo modo transmitidas en copias certificadas al mismo administrador para que le sirva de título contra los deudores.

Artículo 8°.- Es formalmente prohibido, bajo todas las penas de derecho, a los agentes de las aduanas terrestres, exigir de los deudores una suma superior a la que consta en sus registros. No hay excepción sino para los gastos adelantados para llegar a cubrir las sumas debidas y que deberán ser cubiertas íntegramente.

Artículo 9°.- Los administradores de las aduanas darán un recibo por cada cantidad satisfecha y ellos comprenderán todo lo que reciban de una especie en ramo separado, sea en sus libros o en su cuenta mensual; éste será intitulado: “Cantidades provenientes de los bienes secuestrados”.

Artículo 10°.- El general en jefe se reserva determinar, según la relación de los prefectos, sobre todas las solicitudes que se hagan o bien exceptuándolos del secuestro o restituyéndoles los frutos percibidos, en virtud de las disposiciones que preceden.

Artículo 11°.- El presente decreto se publicará inmediatamente y se fijará en lugares públicos en toda la extensión del país sometido a la intervención y lo será sucesivamente en todos los estados de la República para que se ejecute, según su forma y tenor, por todos los prefectos que se nombren.

Artículo 12°.- Quince días después de esta publicación, se procederá por la comisión de que se ha hablado en el artículo 3° a la formación del estado adjunto. En él serán comprendidos todos los individuos que a la fecha no ocupen sus lugares y que no sean prisioneros de guerra. En el caso en que, después de cerrado este documento y de remitido al administrador, el prefecto supiese de la emigración de uno o

más residentes en su jurisdicción, deberá formar un estado supletorio con la mismas formalidades que los anteriores, para formar el título de percepción.

Artículo 13°.- El receptor general de Hacienda en comisión está encargado de la ejecución del presente decreto, que se le notificará al comandante superior de cada ciudad y provincia por el señor jefe del Estado Mayor General.

En Puebla, a 21 de mayo de 1863.

El general de división, senador,
comandante en jefe del cuerpo
expedicionario
(Ellie Frédéric) Forey

OPERACIONES DEL EJÉRCITO FRANCÉS
EXPEDICIONARIO EN MÉXICO

Puebla, 2 de junio de 1863

(Señor ministro de Guerra)
(París)

Señor mariscal:

Tengo el honor de dar conocimiento a V. E. de las operaciones del cuerpo expedicionario, desde el 19 de mayo último, fecha de mi parte anterior.

El 20, los oficiales prisioneros superiores y subalternos, igualmente que 2,000 soldados prisioneros, salieron de Puebla y fueron dirigidos, los primeros a Veracruz, con destino a Francia y los segundos a Córdoba, para ser empleados en las obras del camino. Su escolta fue la más fuerte posible, atendidas las circunstancias, a fin de evitar las evasiones que pudiesen favorecer los ataques de los guerrilleros.

El 21, deseoso de principiar sin demora mi movimiento sobre México y, sobre todo, de no dejar solas las tropas aliadas expuestas a un ataque del enemigo, hice partir la brigada de Berthier para San Martín (Texmelucan), la cual llegó el 22 y se ocupó en formar allí un depósito de víveres.

El 22 partieron de Puebla para Veracruz los oficiales generales mexicanos. Habiendo logrado fugarse cuatro de ellos antes de marchar, encargué la escolta que ejerciera una rigurosa vigilancia durante el camino. El mismo día envié un gran convoy de repuesto a Atlixco y Matamoros.

Recorrí en la tarde del 22 la parte de la ciudad que fue más directamente objeto de nuestros ataques y, especialmente, Santa Inés y San Agustín.

Esta parte de Puebla se halla en un estado de destrucción difícil de describir. Tal vez ha sufrido menos de nuestros proyectiles que de la acumulación de las defensas del enemigo. Los mexicanos han desplegado, en efecto, una actividad inaudita y una futilidad de invención en la creación de sus obstáculos defensivos, que no creo tengan precedentes. Es posible que si el 25 de abril la cabeza de columna hubiera estado mejor sostenida, hubiésemos logrado apoderarnos de Santa Inés y llegar a la plaza de armas; pero esto está lejos de ser seguro. San Agustín, en mi juicio, estaba aún más fuertemente organizado y su toma habría exigido enormes sacrificios. No siento nuestro descalabro en Santa Inés, pues nos hizo renunciar momentáneamente a los ataques sangrientos de las manzanas de casas y, por nuestra marcha cubierta sobre el fuerte de Totimehuacán, pudimos obtener un resultado completo, con pérdidas mucho menos considerables.

He dictado diversos decretos para la organización administrativa y rentística de Puebla. He ordenado el nombramiento de un ayuntamiento provisional y la convocación de los electores para que elijan un ayuntamiento definitivo según las leyes del país; también el establecimiento de las aduanas terrestres, cuyos productos son considerables e indispensables a Puebla que carece de todo recurso, por el momento.

Estas medidas han restablecido la confianza. Los almacenes vuelven a abrirse; las mercancías ocultas reaparecen; las familias emigradas vuelven; las barricadas desaparecen; las ruinas se reparan con actividad y el aspecto de la ciudad mejora de día en día. La conducta de nuestras tropas ha sido muy satisfactoria y su buena disciplina debe causar viva impresión en una población acostumbrada a los excesos del ejército juarista.

El 23 visité los fuertes de Santa Anita, Loreto y Guadalupe que, durante el sitio, me habían propuesto algunas personas atacar sucesivamente. No me adherí a su opinión y, después de haber

examinado los sitios, he reconocido cuán poco practicable hubiera sido este proyecto. Por la disposición en pisos de aquellas obras y, sobre todo, a causa de la naturaleza de roca del terreno que las rodea, la operación hubiera sido muy difícil si no imposible. La inspección de Puebla y el examen de sus defensas me han convencido de que el modo en que procedimos para el ataque era seguramente el más racional que podía adoptarse.

El 24 llegó a Puebla un primer convoy de municiones, material y víveres procedentes de Veracruz.

El 26, el general Bazaine, con la brigada de Castagny, los diferentes servicios de la 1ª división y el general Mirandol, salió de Puebla para San Martín, adonde llegó el 27, haciendo ocupar inmediatamente el Puente Texmelucan.

El 27, seis de los generales mexicanos prisioneros se evadieron a favor de los disfraces que les habían proporcionado mercaderes autorizados para venderles alimentos. Son los generales González Ortega, de la Llave, Pinzón, Patoni, García y Prieto.

El 28 hizo el general Bazaine un reconocimiento delante de Puente Texmelucan y envió al general Márquez para que ocupase la venta de Córdoba. Este oficial general ejecutó esta operación sin dificultad, no obstante haber encontrado el camino obstruido con algunos obstáculos y cambiado algunos tiros con jinetes enemigos, establecidos en la aldea de Río Frío.

El 29 el general Bazaine condujo la brigada de Berthier a Río Frío y se estableció él mismo en puente Texmelucan con el resto de su división. El mismo día hice salir de Puebla un convoy de 176 carros de municiones, material y víveres que debe unirse a la 1ª división en Buena Vista punto de concentración que he elegido, de modo que el enemigo no sepa la dirección que pienso tomar para marchar sobre México.

El 1º de junio el general Márquez llegaba a Ayotla; el general Berthier a Buena Vista y el general Bazaine a Río Frío.

El 2 de junio, el general Douay, con la fracción más fuerte de su división y los servicios a ella agregados, salió de Puebla en dirección a Buena Vista llevando consigo gran número de material y de víveres.

En este mismo día, los cónsules de España, Prusia y los Estados Unidos, llegaron a Puebla y vinieron a verme, diciéndose enviados por el ayuntamiento de México. Dicen que Juárez y su gobierno habían partido el 31 por la tarde para San Luis Potosí y que de 500 a 600 voluntarios habían tomado las armas para mantener el orden y, por temor a los excesos de los partidos, los cónsules me han pedido, pues, en nombre de los habitantes, que haga ocupar a México por tropas francesas.

Prevengo al general Bazaine que se dirija sobre México, según lo que sepa del estado de aquella ciudad protegida aún por la retaguardia del general La Garza y después de la llegada de las tropas y de los convoyes en marcha sobre Buena Vista.

Mientras que el general Bazaine ocupa la capital, enviaré al cuerpo de Márquez a San Cristóbal y a Cuautitlán, para proteger la ciudad por el lado del enemigo.

La guarnición de Puebla se compondrá del 1º regimiento de zuavos, de un batallón de infantería de marina, de un pelotón de cazadores, de 300 jinetes aliados a las órdenes del general Chacón y de los 150 caballos del coronel Trujeque. Esta fuerza, provista de un destacamento de artillería y de los servicios administrativos necesarios, está puesta a las órdenes del coronel Brincourt, nombrado comandante superior. El teniente coronel Janim hará las veces de comandante de la plaza.

El estado sanitario de las tropas es bueno. El cambio de estación nos da un número algo mayor de enfermos que anteriormente. Las afecciones son, en general, poco graves y no tienen otro inconveniente que el de retirar momentáneamente de las filas cierto número de hombres. He visitado los edificios destinados a los enfermos, heridos y convalecientes. Son vastos conventos, en los que se ha hecho la instalación en la mejor manera posible.

A la fecha de este día había en los hospitales de Puebla 822 hombres; en el depósito de convalecientes 202 hombres; en el depósito provisional de convalecientes de San Martín 120 hombres.

Creo deber consignar aquí la cifra de las pérdidas sufridas por el fuego desde que se abrió la campaña por las tropas del cuerpo expedicionario.

Aquellas ascienden a 18 oficiales y 167 hombres de tropa muertos, y 29 oficiales y 1,039 hombres de tropa heridos, de los cuales han muerto varios de resulta de sus heridas.

Estos datos demostrarán a V. E. que, aunque estas pérdidas son sensibles, el triunfo no ha costado tan caro como podía creerse y que la sangre de nuestros soldados ha sido economizada todo lo posible.

La fiebre amarilla ha aparecido en Veracruz en los primeros días de mayo y causado ya algunos estragos. En el número de las víctimas se halla por desgracia comprendido el coronel Labrousse. A la fecha de las últimas noticias su estado era desesperado y no dejaba probabilidad alguna de curación. Es una gran pérdida bajo todos conceptos. He prescrito inmediatamente al coronel Jeannigros que vaya a tomar el mando provisional de Veracruz.

Se han aprovechado todos los recursos hallados en Puebla para reorganizar el ejército aliado. Se le han dado cañones, armas, arneses, equipo y vestuario, pero en muy mal estado. Han sido incorporados en las tropas de Márquez todos los prisioneros que han mostrado deseos de servir en ellas. La cifra de las fuerzas que obedecen directamente al general Márquez asciende a 7,800 hombres de todas armas y 1,100 caballos.

Las obras del ferrocarril marchan, pero no tan rápidamente como fuera de desear. Hay empleados en ellas 950 trabajadores. Se han colocado los rails en una extensión de 500 metros, lo que hace subir la longitud actual de la vía a 6,100 metros.

Las explanaciones están terminadas en 10,600 metros y en construcción en un desarrollo de 2,300. La compañía ha recibido 400 toneladas de rails. El 15 de mayo llegó a Veracruz un barco mercante con 300 toneladas y se esperan otros en breve. Las traviesas van a faltar muy pronto, pero la compañía espera recibir 20,000 de los Estados Unidos dentro de pocos días. La vía estará probablemente terminada hasta la Purga, del 1º al 15 de este mes y el puente de la Soledad será entregado a

la circulación por la misma época. Para protegerlos mejor se construye en la orilla derecha del Jamapa una cabeza de puente con un fuerte en piedra.

En Veracruz continúa descargándose material. Van a ocuparse de las locomotoras y, al efecto, se ha construido un ferrocarril provisional hasta el muelle para tomar allí este pesado material. Para activar los trabajos de desmonte, en lo posible, he autorizado al comandante superior de Orizaba para que ponga a disposición de la compañía los soldados mexicanos prisioneros que consientan en ello. El capitán Galiffet saldrá para Francia en el vapor del 15 de este mes y llevará para presentarle a su majestad las banderas mexicanas cogidas en San Pablo, San Lorenzo y Puebla.

Termino mis disposiciones para dejar a Puebla. Las he conducido con la actividad posible; pero cuidados multiplicados han absorbido más días de los que hubiera deseado. La reorganización de Puebla, abastecimiento en diferentes puntos, la necesidad de esperar los grandes convoyes procedentes de Veracruz y de dirigirlos a México, han exigido un tiempo bastante largo.

Como vuestra excelencia verá por los detalles del diario de marcha, la mayor parte de las tropas y del material están en camino; mañana saldrá una fuerte columna llevando el resto y el 5 saldré de Puebla, no dejando a mis espaldas más que el convoy escoltado por el coronel Mangin con dos batallones, un escuadrón y una sección, que llegará a Puebla el 7 o el 8 de junio.

Recibid, etc.

El general en jefe
(Ellie Frédéric) Forey

NAPOLEÓN SATISFECHO POR EL TRIUNFO DE PUEBLA

Palacio de Fontainebleau, junio 12 de 1863

El emperador Napoleón al general Forey

La noticia de la toma de Puebla la recibí antes de ayer por la vía de Nueva York. Este acontecimiento nos ha llenado de júbilo.

Sé cuánta previsión y cuánta energía han necesitado los jefes y los soldados para el logro de tan importante resultado. Manifestad al ejército, en nombre mío, toda mi satisfacción; decidle lo mucho que aprecio su perseverancia y su ánimo en tan remota expedición, teniendo que luchar con el clima, con la dificultad del terreno y con un enemigo tanto más tenaz cuanto que se equivocaba respecto de mis intenciones.

Lamento con amargura la pérdida probable de tantos valientes; mas abrigo el pensamiento consolador de que su muerte no ha sido inútil para los intereses ni para el honor de Francia, ni para la civilización.

Ya sabéis que no es nuestra mira imponer a los mexicanos un gobierno mal de su agrado ni ayudar con nuestras victorias al triunfo de un partido cualquiera. Deseo que México renazca a vida nueva y que, regenerado en breve por un gobierno que se funde en la voluntad nacional, en los principios de orden y de progreso, en el respeto del derecho de gentes, reconozca con amistosas relaciones que es deudor a Francia de su sosiego y prosperidad.

Espero los partes oficiales para dar al ejército y a sus jefes los premios que merecen, pero recibid desde ahora, general, mis felicitaciones vivas y sinceras.

Napoleón

MAXIMILIANO FELICITA A NAPOLEÓN III
POR LA TOMA DE PUEBLA

Miramar, junio 12 de 1863

A vuestra majestad Napoleón III

Sire:

El interés con que sigo las diferentes evoluciones del drama que se desarrolla allende el Atlántico, me proporciona el derecho de ser de los primeros en ofrecer a V. M. I. mis sinceras felicitaciones por el importante triunfo que acaba de obtener su ejército. Esta victoria da al mundo una prueba de lo que pueden la firmeza y el alto espíritu del emperador, a pesar de la enérgica resistencia.

Ganado este importante punto, Sire, pronto triunfaréis, sin duda, sobre los últimos obstáculos que todavía encuentra vuestra generosa empresa y, si ayudados con la mano poderosa de V. M., los mexicanos, tal como nos lo hacen suponer sus compatriotas residentes en Europa, encuentran en sí mismos la fuerza moral sin la cual no podrá lograrse la regeneración de su país, podemos creer que ese infortunado país podrá ser salvado del abismo al que lo han precipitado largos años de anarquía.

Quizás entonces saldrá también Inglaterra de su letargo que lamentablemente ha mantenido hasta ahora, a pesar de los nobles esfuerzos de V. M.

Amenazado incesantemente por el espíritu de conquista estadounidense, esa potencia debe terminar por comprender que sus propios intereses la llaman a secundar una obra que tiende a limitar las agresiones de sus ambiciosos vecinos.

Os ruego, Sire, me pongáis a los pies de V. M. la emperatriz y creed en los sentimientos de alta consideración con que soy el muy devoto servidor y primo de V. M.⁵

Fernando Maximiliano

⁵ Original en francés.

AL CAER PUEBLA,
LOS OBISPOS RESUELVEN VOLVER DE EUROPA

París, 15 de junio, a última hora (de 1863)

(Señor doctor don Francisco Javier Miranda)

Mi muy estimado amigo y señor doctor:

Dos letras nada más para referirme a mis cartas anteriores que confirmo y a lo que hoy digo al reverendo padre fray Pablo, con súplica de que se lo comunique a usted.

Con motivo de la toma de Puebla, que tan sumamente contentos tiene aquí a estos señores, quieren que ahí se sepa que en nada, ni en un ápice, se ha variado el plan primitivo.

Y lo que es muy de celebrar es el extremado empeño que tienen en la pronta, prontísima marcha de los señores obispos, pareciéndoles eterno a aquéllos el plazo de aquí al 15 de julio, que será cuando me figuro que podrán embarcarse. Tal empeño, convendrá usted que es de buen agüero. Los señores obispos, por su parte, están decididos a ver cómo recaban todas las garantías indispensables para el libre y pleno ejercicio de su ministerio pastoral y (según) las cosas se presentan, no dudo que lo consigan fácilmente. Solicitarán, con ese fin, una audiencia de los emperadores. Para fines de este mes, espero aquí a los señores Labastida y Munguía. Acabo de recibir carta del señor Rafael, de 1° del (sic), desde New York. No pierdo la esperanza de que esté pronto al lado de usted. Entretanto, usted y después juntos los dos, no dejarán de poner en obra todos los recursos, para ir preparando el resultado apetecido. Con usted, menos que con nadie, hay para qué insistir en este particular.

Seguro está de que echará usted el resto y que Dios le ayudará y nos ayudará a todos, éste su afectísimo amigo y seguro servidor.

José María Gutiérrez Estrada

Afectuosas expresiones al general Almonte.

EUGENIA CONSIDERA CONVENIENTE
EL REGRESO DE LOS OBISPOS A MÉXICO

Fontainebleau, junio 15 de 1863

A V. A. I. la archiduquesa Carlota

Señora:

Agradezco a V. M. I. su amable carta; con impaciencia esperaba el correo para anunciar alguna novedad a V. A.

Desde que esta cuestión comenzó, se han producido tantas peripecias en México que es difícil prever algo, pero la toma de Puebla y el efecto moral que ha tenido en todo el país me parecen de buen augurio para la realización de nuestros deseos. Me parece que el regreso de los obispos sería una buena medida pues resultaría muy útil la gran influencia que poseen sobre las poblaciones; creo que ya no existe ningún peligro personal y que, en consecuencia, se puede apresurar su regreso.

Espero que el correo inglés del 28 nos traerá la noticia de la entrada a México; creemos que no habrá ninguna resistencia, puesto que el ejército de Comonfort ha sido deshecho en San Lorenzo y no existen otras fuerzas organizadas.

Ruego a V. A. I. me recuerde al archiduque y creed, señora, en los sentimientos con que soy la más devota prima de V. A.⁶

Eugenia

⁶ Original en francés.

NAPOLÉON SUGIERE A MAXIMILIANO
QUE EL REY DE BÉLGICA BUSQUE EL APOYO DE
INGLATERRA

Fontainebleau, junio 21 de 1863

A S. A. I. el archiduque Fernando Maximiliano:

Persuadido del interés con que V. A. I. seguía las diversas fases de nuestra expedición en México, no me han sorprendido sus felicitaciones por la toma de Puebla, pero no por eso han dejado de conmoverme. Me ha causado sincero placer la justicia que hacéis al valor y la perseverancia de mi ejército en medio de tantos obstáculos. Espero que ahora el partido del orden en México levantará cabeza y, al fin, podrán realizarse nuestros proyectos.

Sin embargo, habrá que vencer todavía diferentes obstáculos por lo que el apoyo de Inglaterra sería muy útil.

V. A. I. debería tener a bien invitar al rey de Bélgica que hiciese valer en ese sentido su legítima influencia en Londres.

La emperatriz me pide trasmita su saludo a V. A. I. y os ruego creáis en los sentimientos de sincera amistad y alta estima con que soy hermano y primo de V. A. I.⁷

[Napoleón]

⁷ Original en francés.